

y sin límites. Había facilitado su advenimiento al trono, y había concurrido más que otro alguno á sostenerla en él, con solidez y grandeza, por su fidelidad y hábil tacto. Laborioso y penetrante, astuto y enérgico, habíala sugerido á veces una conducta prudente, á veces la había arrastrado á resoluciones atrevidas, según las ocasiones y perentoriedades. El era quien la había decidido á que tomase una activa parte en la defensa de los Países Bajos, sublevados contra el rey de España; á que combatiere, en el continente, á ese temible jefe del catolicismo, y hasta á deshacerse de la desgraciada María Estuarda, su aliada en Inglaterra, á fin de no tener que temer al enemigo en el interior, mientras que se le resistía en el exterior. Este experimentado político, á quien ningún escrúpulo detenía en sus fríos cálculos, sabía por su flexibilidad como por sus servicios conservar el favor de su soberana, cuyas extravagancias y arrebatos soportaba, que tenía un espíritu más elevado que el suyo, pero que al gran corazón de una reina, unía los más extraños caprichos de una mujer. Había vivido en la corte y quería morir en ella, y cifraba su última ambición en transmitir todo el poder que gozaba á su hijo sir Roberto Cecil, á quien había hecho ya nombrar secretario de Estado, y al que estaba reservado disponer la transición del reinado de Isabel al de Jaime I.

El espíritu de Burghley, helado ya por la edad, se había vuelto aun más prudente por el cambio

que se operaba en la situación de los negocios del continente. De acuerdo con el hábil Walsingham, había sido de opinión, en 1589, cuando acababa de suceder á Enrique III, Enrique IV, que se sostuviese á este príncipe con toda la eficacia posible, pues que su caída hubiera acarreado necesariamente la sumisión de los Países Bajos y el completo triunfo del catolicismo en Francia y en los Países Bajos, habría colocado á España en posición de poder hacer una invasión en Inglaterra; así es que el gabinete inglés escribía entonces á los Estados protestantes de Alemania: «El buen resultado de la comun causa estriba en la vida y cabal salud del rey. El mal que acontecerle pudiese nos cogerá debajo á todos cuantos corremos la misma fortuna.» Había pues aconsejado que se otorgase á ese príncipe un auxilio proporcionado á los temores é intereses de la Inglaterra. Pero luego que Enrique IV, después de haber batido á los liguistas, cambiaba de religión á fin de concluir por medio de la conquista de los espíritus la obra que había adelantado por el victorioso éxito de sus armas, y de traer á su obediencia las ciudades indecisas y los jefes cansados de la Liga, las intenciones y miras de Burghley no podían ser las mismas con él. Siendo ya viejo Felipe II, habiendo muerto el príncipe de Parma, y hallándose al parecer Enrique IV en estado de luchar sin desventaja contra el poder español, algo en decadencia, Burghley se mostraba poco inclinado á

que en lo sucesivo la Inglaterra tomase una parte activa en la guerra del continente. Conceder con parsimonia á Enrique IV algunos socorros, de manera que se entretuviese la guerra en Francia, y se apartase de Inglaterra, tal era su plan.

El conde de Essex alimentaba proyectos del todo diferentes, y en los cuales á una política mas atrevida se unía mayor generosidad. La rivalidad de poder que le separaba de los Cecil, tenia en ello tanta parte como el ardor de la juventud; la ambicion de gloria, y tambien un modo mas profundo de examinar y comprender los intereses de la Inglaterra. Hubiera querido enlazar á esta mas estrechamente con la Francia; para que luchasen en comun contra Felipe II. Este brillante y atrevido señor, era entónces el favorito de Isabel, que le habia nombrado su escudero mayor y dádole entrada en su consejo. Contaba apenas veinte y cinco años, era espiritual; instruido, amigo de las armas y de las letras, vivia con gran fausto, era muy querido de la nobleza y del pueblo, era orgulloso y obstinado hasta con su vieja soberana, ante la cual no sabia doblegarse, ocupaba el primer lugar en la corte, y aspiraba á ejercer la principal autoridad en el gobierno. «Es valiente y ambicioso, escribia poco tiempo despues de aquella época un enviado de Enrique IV junto á la reina Isabel; es hombre de talento, no toma consejo de nadie, y es imposible quitarle de la cabeza lo que una vez ha determinado. Es buen inglés y francés

en cuanto cree que está en sus intereses serlo.» Essex pensaba, y con razon, que si no se socorria como era menester á Enrique, éste se veria obligado á hacer las paces con los españoles, y que la Inglaterra y los Países-Bajos quedarían entregados á la animosidad y ataques de Felipe II.

En cuanto á Isabel, prudente y económica, no iba nunca en pos de los peligros gloriosos si bien lejanos, ni le gustaba hacer gastos inútiles. Parecíale en las nuevas coyunturas en que se encontraban los negocios del continente, que podia emplear menos tropas y dinero sin correr riesgo alguno. Su política sobre este punto estaba de acuerdo con la de su viejo ministro, mientras que su inclinacion la arrastraba hácia su jóven favorito; por lo demas, segun su costumbre, escuchaba á todos, para en último resultado decidirse por sí sola. Considerábase más prudente y hábil que sus consejeros, se servia de ellos y los dominaba.

Al llegar á esa corte dividida y cuyas rivalidades mantenía cuidadosamente Isabel, Perez debió por precision buscar el partido favorable á los intereses del príncipe que le enviaba, y que se hallaba animado de los mismos odios que él. Dirigióse pues al conde de Essex, quien le concedió su amistad, le recibió en su intimidad y admitió en sus partidas de placer. El conde de Essex tenia en mucho la experiencia y discernimiento del antiguo ministro de Felipe II, cuya viva imaginacion, vigoroso espíritu y apasionados consejos le agra-

daron en extremo. Condújole á la corte, pero Juno, como llamaban entre ellos á Isabel, no se hallaba dispuesta á entrar en la belicosa confederacion que ellos deseaban emprender, descontenta como estaba de la conversion de Enrique IV, y tranquilizada por otra parte por las victorias de este príncipe contra los liguistas y los españoles. Lejos de consentir en prestarle mayor asistencia, le retiró los socorros que anteriormente le habia concedido, y llamó á Inglaterra las tropas que tenia en Bretaña al mando de Norris. La mision de Perez se redujo, pues, en aquel momento á darle á conocer mejor aún á Felipe II, á revelarle sus antiguos manejos y á instruirle del estado de España. Obtuvo de ella por medio del conde de Essex una pension de ciento y treinta libras. Mientras que estaba en Lóndres, dó vivia de las liberalidades del conde, habia trabado amistad Perez con los hermanos Francisco y Antonio Bacon. El primero de ellos, profundamente versado en el estudio de las leyes, se habia hecho ya notable por sus conocimientos y gran talento, y se entregaba á los trabajos que debian fundar su fama inmortal. Habíase adherido al conde de Essex, que apreciaba á los hombres de elevado merito, y que le habia colocado en su propiedad de Twickenham-Park próxima á Lóndres. Como Francisco Bacon buscaba ardientemente en aquella época los destinos públicos, que fueron mas tarde el triste escollo de su honradez y reconocimiento, hallaba un pábulo

á su curiosidad y ambicion en las conversaciones de una persona tan espiritual como era Perez, tan instruida en las diferentes materias de Estado, y que habia poseido la confianza del más poderoso monarca de Europa. Pero esta intimidad dió mucho que sentir á su madre, excelente señora, de muy severas costumbres, y á quien por lo mismo asustaban la mala reputacion de Perez, sus hábitos disipados, y que escribia un dia á su hijo Antonio: "Tengo mas compasion á vuestro hermano, de la que se tiene él á sí mismo, en llevar siempre á su lado, en su casa, en su coche, en todas partes á ese Perez, manchado de sangre, á ese profano, á ese orgulloso, ocasion de inútiles gastos, y que mucho lo temo, irritará con su presencia al señor Dios, cuyas bendiciones se extenderán menos sobre vuestro hermano, en detrimento de su honradez y salud..... Un miserable como él, no es posible que haya amado á vuestro hermano mas que por su crédito y para vivir á sus expensas."

En los ocios de esta su primera permanencia en Lóndres, en el Verano de 1593, publicó Perez sus relaciones bajo el pseudónimo de Rafael Peregrino, que, lejos de ocultar su verdadero autor, lo designaba claramente, aludiendo á su vida errante. Esta narracion de sus aventuras, compuesta con infinito arte, era muy á propósito para hacer más odioso aun á su ingrato é implacable perseguidor, y atraerse mayor benevolencia y compasion. Dirigió ejemplares de ella á Burghley, á mi-

lady Rich, hermana del conde de Essex, á lord Southampton, á lord Montjoy, á lord Harris, á sir Roberto Sidney, á sir Enrique Unton y á muchos otros personajes de la corte de Inglaterra, acompañándolos con billetes redactados con giro Gracioso y expresion melancólica. El que dirigió el conde de Essex poniendo aquella obra bajo su proteccion rebosaba á la vez sentimiento y lisonja: «Raphael Peregrino, auctor desse libro, me ha pedido que le presente á Vuestra Excelencia de su parte. Obligado está Vuestra Excelencia á ampararle, pues se lo encomienda. Que el deve saber que ha menester padrino, pues le escoge tal. Quica se ha fiado en el nombre, sabiendo que vuestra Excelencia es amparo de peregrinos de la fortuna.»

Subió de punto, si posible era, el odio de Felipe II contra Perez, con la publicacion de este libro, que fué vertido aquel mismo año al holandés á fin de que viendo los sublevados de las Provincias Unidas la recompensa que ese príncipe reservaba á sus propios servidores, y el comportamiento que habia tenido con los aragoneses por haber intentado estos defender sus derechos, no les quedase duda alguna de la suerte que les esperaba, si llegaban á ser vencidos. El vengativo monarca intentó deshacerse nuevamente de Perez, que denunciaba á la Europa sus perfidias y sus crueldades. Dos irlandeses recibieron y aceptaron del conde de Fuentes, gobernador de los Países-Ba-

jos, la comision de matarle. Cogidos en Lóndres con cartas que atestiguaban su delito, y habiéndole confesado, fueron condenados al último suplicio, y colocadas sus cabezas en una de las puertas de la ciudad, junto á la iglesia de san Pablo. Ademas Felipe II trató de excitar, por medio de varios subterfugios y artimañas, que no dieron resultado alguno, la desconfianza de la reina de Inglaterra contra Perez, que se quejó á Essex «de lo que maquinaban en Egipto aquellos Faraones para que la reina sospechase de él.»

Sin embargo, no permaneció por más tiempo en Inglaterra pues le habia mandado tambien á buscar repetidas veces Enrique IV. Este príncipe, que habia declarado la guerra en 20 de Enero de 1595, á Felipe II, á quien hasta entónces habia combatido como aliado de la Liga, escribió á Perez en 30 de Abril «Deseo infinitamente veros y hablaros de ciertos asuntos que conciernen é importan á mi servicio, y así escribo á la reina de Inglaterra, mi cuñada y prima, rogándole os permita hacer este viaje, y á mi primo el conde de Essex, que lo apoye con su intervencion, en lo que estoy seguro no tendrá reparo.» Perez se dispuso esta vez á partir, aun cuando al parecer se hallase retenido por su afecto á Essex de cuyas dádivas habia vivido, como así se lo mandaba á decir á Enrique IV. Escribió pues al conde con su imaginacion que habia adquirido mayoragudeza en Inglaterra, en donde la afectacion de lenguaje y la sutileza de sentimiento esta

ban en moda: «Dejaros, para mí es morir, porque estar á vuestro lado era vivir. ¿Pero qué digo? Más hubiera valido para mí morir que alejarme de vos, porque al fin morir, es poner de una vez para siempre término al dolor, y vivir es acrecentarlo.» Antes de volver á Francia la reina Isabel le otorgó una audiencia, en la que le dió numerosas muestras de bondad y á cuya soberana dirigió él varios consejos en una especie de memoria escrita en francés, aunque en estilo raro. Ofreció además seguir una correspondencia secreta en interés de esta reina, y se atrevió á decir: «He oido decir que el secretario Villeroy quiere tenerme por huésped, procuraré sacar de esta circunstancia algun provecho en favor de S. M.» Al tomar tan tortuosas vias debia poco á poco llegar á desacreditarse al fin, y perderse con ambos gobiernos.

Habiendo llegado Perez á Dieppe á principios de Agosto, fué recibido por el gobernador con muestra de la mayor distincion. Enrique IV habia recomendado que se tomasen todas las precauciones necesarias para su completa seguridad y que se le acompañase á Rouen con una escolta de cincuenta caballos; ciudad en donde tuvo el sentimiento de saber la muerte de don Martin de la Nuza que le habia acompañado con Gil de Mesa á Francia. Enrique IV le escribió desde Lyon, en 26 de Agosto, la siguiente carta:

«He recibido con el mayor placer la noticia de vuestro regreso á mi reino, y os doy la bienvenida,

y quiero que seais recibido en él cual mereceis; y como tengo pensado pasar ahí dentro de pocos dias, no os daré la molestia de pasar más adelante, rogándoos os entretengais en mi ciudad de Rouen, hasta donde sé que os habeis adelantado. Y escribo al duque de Montpensier, mi primo, cuide de vos, como deseo creais lo haré yo siempre, segun vuestras virtudes os hacen acreedor á ello. Sin embargo, si juzgais que os conviene más ir á Paris, lo dejó á vuestra voluntad. En este caso hallareis allí á mi primo el príncipe de Conti, y al señor de Schomberg con los individuos de mi consejo, que os recibirán y favorecerán como yo mismo. Mas no quiero terminar la presente sin condolerme con vos del accidente sobrevenido al pobre don Martin, que por la mayor de las desgracias ha sido muerto. Siéntolo grandemente, mas puesto que Dios lo ha querido así, os ruego que no os aflijais, conformándoos á su voluntad, y asegurándoos que la mia no os faltará nunca. Ruego á Dios, señor Perez, os conserve en su santa guarda.»

Perez prefirió ir á recibir á Enrique IV en Paris á esperarle en Rouen, y llegó á aquella ciudad el 10 de Setiembre. Tuviéronse con él las más lisonjeras y tranquilizadoras atenciones; diéronle por residencia una hermosa casa que habia pertenecido al duque de Mercoeur, con una guardia de dos soldados encargados de vigilar noche y dia la seguridad de su persona. Estas precauciones no eran por cierto inútiles, pues que se descubrió ca-

balmente en aquel entonces una nueva trama contra su vida. Algunos avisos llegados de España, y transmitidos al secretario de Estado Villeroy y al mariscal de la Force, anunciaban que el baron de Pinilla, el mismo que habia intentado prender á Perez en Sallent, se hallaba en camino con dos compañeros más, uno de ellos monje vizcaino, aunque vestido de seglar, para ir á asesinar á Perez. Efectivamente, el referido baron de Pinilla, que habia recibido 600 ducados de oro para dar este golpe, habia entrado en París y lo tenia preparado todo para fugarse en cuanto lo hubiese realizado, cuando fué cogido con uno de sus cómplices, habiendo logrado escaparse el tercero que fué el monje. Encontróse en casa de Pinilla dos pistolas cargadas con dos balas cada una, y habiéndole aplicado al tormento y confesádolo todo, fué ajusticiado algunos meses más tarde en la plaza de Greve.

Enrique IV habia pasado á París, en donde conferenció con Perez sobre sus asuntos, que, despues que habia declarado la guerra á Felipe II, habian tomado un giro del todo diferente. Sus armas hacian cada dia mayores progresos respecto á los católicos, que habian perdido las ciudades de Meaux, de Orleans, de Bourges, de Lyon, de París, de Rouen, de Laon, de Amiens, etc. Ademas, habiéndole concedido su absolucion el Papa, y reconociéndole como rey, el duque de Mayenne se le sometió en la Borgoña, el duque de Joyeuse en el Languedoc, y al poco tiempo Marsella y toda la

Provenza entraron en la obediencia; de suerte que solo quedaba del partido de la Liga el duque de Mercoeur en Bretaña. Pero si la guerra civil parecia tocar á su fin, por el contrario la guerra extranjera se anunciaba desfavorablemente en sus principios. No pudiendo Felipe II aspirar á la corona de Francia para sí ó para la infanta doña Clara Eugenia, su hija, habia cambiado de plan de ataque contra Enrique IV, de quien dejaba de ser el competidor, para tomar el carácter de un enemigo comun. Desde aquel momento pensó en ensanchar sus dominios á expensas de su con-Franco Condado, por el lado de la Borgoña. El conde de Fuentes habia atacado las plazas de la frontera del norte, y el condestable Fernando de Velasco se habia dirigido con un ejército hácia el Valle del Saona. Aun cuando Enrique IV batió á este último en la famosa jornada de Fontaine-Francaise, no por eso habia dejado de perder en Picardía, la Chapelle, Catelet, Dourlens y Cambrai, de que se apoderó el conde de Fuentes, que al abrirse la campaña de la primavera siguiente, tomó ademas Ardrés y Calais.

Hallándose en tal posicion, Enrique IV solicitó vivamente de la reina de Inglaterra su auxilio. Desde el mes de Enero de 1595, luego de su declaracion de guerra al rey de España, se habia quejado á la reina Isabel de que hubiese retirado de la Bretaña á Norris y á las tropas que mandaba. Esta, al propio tiempo que le felicitaba por